

Alfred North Whitehead. El concepto de naturaleza¹

Sandra Lucía Ramírez Sánchez²

Hace un año, unos meses, no me habría atrevido a pensar en lo que hoy nos acontece. Un pequeño organismo, que algunos ni siquiera optarían por llamar vivo, se hizo presente como una fuerza capaz de trastocar el ritmo del mundo. El tiempo se ha visto dislocado, y para muchos se ha detenido definitivamente. Dicen, en los espacios virtuales, que después de esta pandemia causada por el SARS-CoV-2 la vida humana no será la misma. En un sentido es esa una verdad de Perogrullo. En efecto, si un cuerpo biológico es afectado por una entidad emergente, contra la cual no tiene una respuesta inmunológica aprendida con antelación, el choque cuerpo a cuerpo tendrá como consecuencia la transformación de ambos

organismos. Los cuerpos humanos serán otros a partir del encuentro con el virus. Hay, no obstante, múltiples sentidos –afectivos, económicos, políticos, educativos, etcétera– en los que decir que “la vida humana no será la misma” nos coloca en una pendiente oscura que no intentaré, vanamente, esclarecer. Me permitiré con humildad indagar alrededor de tres grandes, inmensas, preguntas: a) ¿puede una reflexión filosófica acerca de la ciencia ayudarnos a comprender los actuales acontecimientos y, así, pensar en algunos de los sentidos en los que nuestra humanidad está llamada a cambiar después de esta pandemia?, b) partiendo de tal reflexión, ¿deberíamos trazar nuevas maneras de comprender a la naturaleza?, y

¹ Alfred North Whitehead, *The Concept of Nature: The Turner Lectures Delivered in Trinity College*, Cambridge University Press, Cambridge, 1920. Traducción al castellano: *El concepto de naturaleza*. Cactus, Buenos Aires, 2019. Un breve video informa sobre las ideas básicas de Whitehead: *The Process Metaphysics of Alfred Whitehead (1861-1947)*, <<https://www.youtube.com/watch?v=sg961QMomJ4>>.

² Doctora en filosofía de la ciencia (Universidad Nacional Autónoma de México) y especialista en estudios sociales de la ciencia e innovación tecnológica (Universidad de Oviedo). Actualmente es profesora-investigadora en el Centro Peninsular en Humanidades y Ciencias Sociales (Cephcis-UNAM), Mérida, en el área de estudios filosóficos y sociales de la ciencia y la tecnología.



Alfred North Whitehead (wikipedia).

c) ¿Alfred North Whitehead (1881-1947), el filósofo del proceso, ofrece pistas relevantes para lograr esta meta? Esta última pregunta, como se adivinará, es totalmente retórica; pues es el objetivo de este escrito afirmar la actualidad del pensamiento del matemático y filósofo que reconstruye la “Naturaleza” a partir de una propuesta relacional.

La lectora tendrá razón al preguntarse cuál es la relación de

todo esto con la (re)lectura de una obra centenaria, publicada en 1920, y presentada originalmente como conferencias en el marco de la Cátedra Tarner que, desde el año de 1916 es dictada en el Trinity College. La Cátedra es abierta a cualquiera que esté interesado en su tópico, la Filosofía de la Ciencia, y desde 1916 a la fecha ha contado con notables personajes dentro de la filosofía anglófona, entre los cuales destaca la ausencia de mujeres. Alfred North Whitehead es conocido como el primero de los conferencistas invitados a dicha Cátedra. Fruto de sus presentaciones es el texto que aquí me ocupa *The Concept of Nature*.

The Concept of Nature está conformado por una serie de nueve conferencias impartidas en noviembre de 1919 en el Trinity College. Fiel al objetivo del benefactor que hizo posible el espacio, Mr. Edward Tarner, Alfred North Whitehead enuncia el objetivo de la Cátedra, pensar filosóficamente a la ciencia, analizando las relaciones, o ausencia de relaciones, entre los diferentes departamentos que la configuran. Si abrimos la página del *Trinity College* y buscamos las *Tarner Lectures*, veremos cómo el siglo ha incorporado los nombres de los conferencistas, sus especialidades y los problemas tratados, veremos tam-

bién cómo el objetivo se ha mantenido prístino: pensar filosóficamente la ciencia y las relaciones que se tejen entre sus más disímiles campos.

Sobre la filosofía de la ciencia

Los historiadores de las ciencias convergen en la idea de que, durante los siglos XVII y XVIII principalmente, se configuran maneras particulares de concebir el mundo, el conocimiento, la política, la religión y al ser humano, que dieron origen a la ciencia y a la técnica modernas –o tecnociencia–; también están de acuerdo en que, durante el siglo XIX, ciencia y tecnología se fueron “profesionalizando”, reclamando para sí un territorio epistémico y político propio que las independiza de la filosofía natural, al tiempo que se alían con la mecanización industrial, constituyéndose como la CIENCIA y la TECNOLOGÍA (así, con mayúsculas). Otra alianza de no menor envergadura fue tejida en el marco del pensamiento e ideología positivistas. En este caso, el vínculo con los poderes políticos hizo de ellas paradigmas de conocimiento y, por extensión, el fundamento *sine qua non* el bienestar social y el desarrollo económico son posibles. Como modelos del saber se convirtieron en los ejes

alrededor de los cuales se articuló la educación pública patrocinada por los estados (llamados) modernos. Estas condiciones históricas dan cuenta de por qué, en el nacimiento del siglo XX, la ciencia y la tecnología aparecen como objetos de indagación filosófica *per se*. Lo que dio lugar a otra profesionalización: la de la filosofía de la ciencia.

La filosofía de la ciencia es, por tanto, una disciplina que aparece en el cruce de los siglos XIX y XX, consolidándose a través del pasado siglo; las Cátedras Tarner, forman parte tanto de su emergencia como de su consolidación y, como he dicho, el (pre)texto que aquí me ocupa es resultado de las conferencias inaugurales de la Cátedra. No es un filósofo el que las dicta, sino un matemático. Pero esto no debería ser motivo de sospecha, la filosofía de la ciencia nace como una disciplina errante (y quizás hasta un poco errática) que transita por diferentes disciplinas científicas, es un pensar de fronteras. Whitehead trabaja desde esas fronteras. Es un matemático que escribe con uno de sus discípulos más sobresalientes, Bertrand Russell³, uno de los textos más influyentes de la lógica y las matemáticas modernas, *Princi-*

³ N. d. l. R.: El número 274 (2019, pp. 37-43) de esta Revista de la Universidad Autónoma de Yucatán contiene una presentación de la obra Introducción a la filosofía matemática de Bertrand Russell, elaborada por la autora del presente texto.



pia Mathematica (1910-13), obra publicada en tres volúmenes y escrita a lo largo de más de diez años; y, desde la lógica matemática, Whitehead se desplaza hacia una propuesta metafísica que funda a la que hoy es conocida como filosofía del proceso. *The Concept of Nature* se ubica entre los *Principia Mathematica* y *Process and Reality* (1929), es una obra de transición que enuncia un cambio mayor respecto de la metafísica articulada en los *Principia*.

La transformación radica en el cómo pensar la realidad. Esta, la realidad, ya no estará constituida por estructuras atómicas últimas a las que hace referencia el lenguaje, sino por complejos en los que se entrelazan el tiempo, el espacio, lo percibido y las criaturas percipientes. Con lo cual Whitehead abandona el presupuesto básico de la lógica aristotélica que distingue entre sustancia y accidentes. En otras palabras, eso que llamamos “mundo” o “naturaleza” no estaría conformado por un conglomerado de entidades discretas sino por objetos relacionales situados que persisten en acontecimientos tetradiimensionales, que son necesariamente percibidos por una entidad percipiente que, a su vez, forma parte del mismo complejo y es, como el resto de las entidades mundanas, un objeto

relacional situado y persistente.

Lo anterior tiene un sinnúmero de consecuencias con las que no agotaré a la lectora. Sin embargo, me interesa destacar tres de ellas. Primero, que para construir tal concepción de la naturaleza, Whitehead ha tenido que desarticular las nociones kantianas de tiempo y de espacio absolutos –lo que no resulta extraño si hemos de reconocer que en el telón de fondo se encuentra la teoría de la relatividad general de Albert Einstein–; segundo, que dicha desarticulación le permite pensar a las entidades percipientes –a los sujetos– como parte de la naturaleza observada, por lo que sujeto y objeto no son opuestos sino componentes de un mismo sistema; y, tercero, que el sistema naturaleza, en la medida en que es en la duración, es procesual y cambiante. De ahí la influencia de Whitehead en ciencias como la ecología.

La perspectiva de Whitehead

Así, en *The Concept of Nature*, Whitehead piensa filosóficamente a la ciencia pensando a la física relativista, y encuentra que la relatividad exige un cambio mayor en la metafísica del espacio-tiempo y, por tanto, de lo real. Muestra también cómo esa transformación de lo real implica abandonar la concepción aristotélica

de Naturaleza así como la del sujeto/objeto kantianos. Observa, asimismo, que una serie de dualismos deberían ser repensados –cuando no abandonados– con el fin de comprender a la naturaleza como un sistema del cual las entidades percipientes (es decir, los seres humanos) forman parte. La fuerza de este pensamiento se revela hoy más que nunca. Caminemos, nuevamente, paso a paso.

Hace más de un siglo, la filosofía de la ciencia nace como una disciplina que busca pensar la ciencia, sí, pero sobre todo busca comprender cómo se entreteje ésta con la vida humana. Una forma muy trivial de concretar este pensar la ciencia, que es común pero no transparente, es diciendo que el conocimiento científico-técnico procura el bienestar humano. Afirmación que puede ponerse en duda pero que persiste como parte del discurso dominante en las voces oficiales, por ejemplo, en estos tiempos de pandemia. El ser parte del discurso dominante, ¿no es ya una razón suficiente que debería obligarnos a pensar a la tecnociencia? Creo que la respuesta debería ser afirmativa, no porque crea yo que hay necesariamente “gato encerrado”, sino porque nunca como antes hay un bombardeo apabullante de discursos que, afirmando su científicidad y tecnicidad,

pretende la desarticulación de otros discursos o subjetividades que no calzan en los criterios que aquellos dictan. Pensar la ciencia es necesario para entender por qué, por ejemplo, la ciencia no puede librarnos de la incertidumbre.

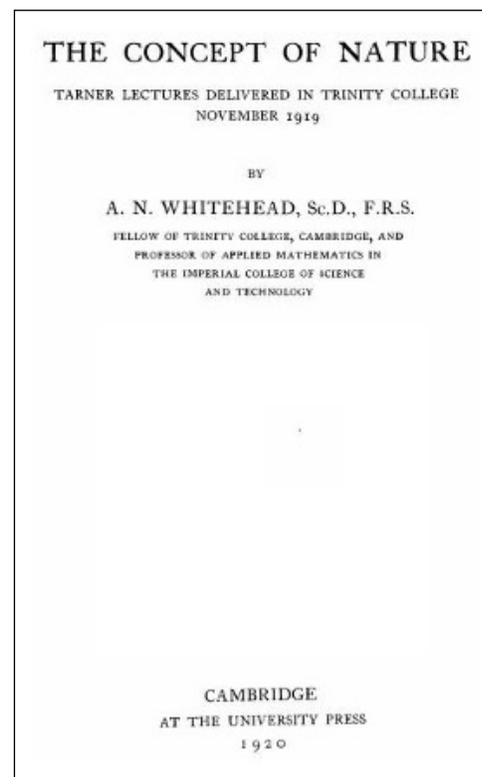
Por otro lado, esta pandemia, como acontecimiento, nos ha sorprendido en múltiples dimensiones: económica, política, afectiva, psicológica, laboral, cultural, ética, bioética,... epistémica. Y uso aquí “sorprender” en un doble sentido: nos ha tomado por sorpresa y nos ha revelado supuestos que, en otras circunstancias, asumimos sin más. Quiero dirigirme hacia uno de esos supuestos: el del lugar del ser humano en este mundo (que, por ahora, es el único mundo habitable del que tenemos constancia). Pensemos por un momento en ese virus extraño que aprendió a alojarse en nuestros cuerpos, causante del COVID19, que para unos es prácticamente inofensivo y para otros es mortal. Este virus, etiquetado como SARS-CoV-2, se dice, tiene origen zoonótico. Palabra que se ha vuelto común en nuestro vocabulario, y que refiere a una enfermedad que logra transitar de animales no humanos, generalmente silvestres, hacia animales humanos. Se dice también que las pandemias recientes nacen de alguna



zoonosis (VIH, ébola, H1N1, SARS-CoV-2), mientras que las pandemias históricas cuentan también con su “bicho” asociado, como las ratas.

¿Por qué hablo de sorpresa? Me sorprende que los discursos comunes y oficiales vaguen alrededor de dos extremos, que sin embargo coincidan en un supuesto común. ¿Los extremos? Por un lado, reconociendo el origen zoonótico de la Pandemia, los discursos oficiales dejan fuera prácticamente a la cuestión animal (no humano). Por otro lado, la respuesta violenta contra algunos animales como murciélagos, gatos, perros en algunas partes del mundo y, en el mismo tenor, la creciente misantropía que anuncia otras formas fascistas del lenguaje: los humanos deberíamos desaparecer de la tierra para que los no humanos recuperen sus espacios. Me he preguntado, a veces, si estas manifestaciones a favor de la desaparición incluyen a los propios manifestantes. ¿El punto en común? Ambos extremos coinciden en trazar una línea de demarcación entre los animales humanos y los no humanos, supuesto de separación ser humano-naturaleza beatificado por la tecnología moderna. ¿Qué pasaría, me pregunto honestamente, si en lugar de pensarnos como fuera o frente a la naturaleza pensáramos en nosotros

como una parte integral del sistema?, ¿qué pasaría si nos atreviéramos a pensar nuestra animalidad desde una comprensión compleja de la realidad en la que nuestras identidades dependen de nuestras relaciones con los otros y lo otro, en un proceso de cambio constante? Nada nuevo bajo el Sol, Whitehead, pensado en otros problemas, lo está anunciando: nuestra humanidad es relacional, y descansa sobre lo no humano. Quizás es momento de tomarnos, ya en serio, la tarea de pensarnos como parte de un todo.



Portada de la edición original de la obra.